

¿ ABANDONAR O REINVENTAR LA REVOLUCION ?

2

(Reflexiones contrastivas con vistas a una, u otra, posible respuesta)

Hasta hace pocos años, sólo era cosa de algunos "libertarios" el denunciar los desbordamientos autoritarios y la inevitable deriva totalitaria de ese Estado que la Revolución podía producir o había reproducido. Luego, ante la imposibilidad de una "revolución en la Revolución", y tras la generalización de los desbordamientos y la deriva, llegaron tiempos de crisis para las -así llamadas- "conciencias revolucionarias", tiempos en que la crítica no solo puso en duda sino que -además- puso en causa el concepto mismo de Revolución. He ahí el porqué, hoy, la reflexión sobre la ética y la revolución se ha convertido en la más necesaria, saludable, higiénica y prometedora de todas las confrontaciones dialécticas de nuestro tiempo. Y quizás también porque, hoy en día y mañana por la mañana, van siendo más los que, deseando con Marx "transformar el mundo" y con Rimbaud "cambiar la vida", lanzan gritos y gestos contra una Revolución que no logra arrancar ni la miseria, ni el miedo, ni la muerte, ni las mentiras...

Por eso, ahora, sin temer ser calificados -como entonces- de "masoquistas anarcos", "alquimistas utópicos", "impotentes" y "castrados", planteamos la pregunta que antes parecía inconcebible, un estigma para todos los revolucionarios: ¿ abandonar o reinventar la Revolución ? Porque, aunque afirmemos con Savater<sup>(1)</sup> que "la revolución es una aspiración ética" irrenunciable, no podemos y no queremos ignorar todo lo que la Revolución ha sido hasta ahora: negación de la aspiración y la práctica éticas sin las cuales la Revolución no es más que la caricatura y la antinomia de la revolución, de ese sueño que, en el curso de la historia, ha hecho rebelarse a tantos hombres y mujeres contra la opresión y la explotación. Y porque, "frente al escepticismo, al desengaño y a la orgía de desilusión de todos esos que al despertar de su sueño dogmático no saben hacer otra cosa que menear las cabezas al unísono con agridulce clarividencia para justificar su actual renuncia a la grandilocuente noción de Revolución", no nos da la gana de renunciar a ese sueño que seguimos llamando "revolución"... No porque la revolución sea una cuestión verdaderamente al orden del día -aunque, ¿ quién sabe?-, sino porque al plantearnos la pregunta: ¿ por qué la revolución?, respondemos sin vacilación alguna: ¡ para no resignarnos a ser lo que han hecho y tratan de hacer de nosotros los que mandan! (La pregunta: ¿ quién manda?, es decir: ¿ contra quién rebelarse?, la veremos al final de estas páginas).

En efecto, volviendo a las frases de Savater, al plantear la cuestión de abandonar o reinventar la Revolución (en tanto que modelo, proyecto o sistema social) no sólo nos hacemos eco de los gritos lanzados contra una Revolución responsable del escepticismo, el desengaño y la orgía de desilusiones actuales,

sino que -al mismo tiempo- nos hacemos eco de nuestras propias dudas respecto a la viabilidad de la utopía libertaria (que los viejos y renovados residuos del purismo ideológico ácrata siguen proclamando a través de la ritual e inócua ratificación de "principios, tácticas y finalidades") en el seno de las sociedades contemporáneas; que parecen resignarse al progreso de las diversas amenazas totalitarias (políticas, económicas, culturales, tecnológicas), que todas las tendencias autoritarias refuerzan. Pero también, al reafirmar la irrenunciabilidad de la aspiración ética que es la revolución, nos hacemos eco de lo que han propugnado desde hace un par de siglos los combatientes por un "Comunismo Libertario"<sup>(2)</sup> y de nuestra propia percepción de las "tensiones libertarias" que confirman la necesidad objetiva (o la oportunidad para los sujetos) de una revolución: que brote de "sublevaciones efectivas de individuos reales (no clases o castas predestinadas), en reivindicación de su emancipación económica, su autonomía política, su liberación sexual o el reconocimiento institucional de estilos de vida diferentes"<sup>(3)</sup>.

Además, ¿cómo olvidar que "la ausencia de la idea de revolución en la práctica"<sup>(4)</sup>, el hecho que "la idea de revolución no esté presente, de manera significativa, en ningún comportamiento individual o colectivo" y el hecho mal-trecho que "la idea de revolución no desempeñe ya más que un rol de referencia histórica, teórica o ideológica" nos obligan a interrogarnos sobre la utilidad/peligrosidad de perseverar (a lo Lacan) en la formulación y aplicación del "proyecto revolucionario" (Revolución) o sobre la necesidad/oportunidad de inventar otro capaz de enfrentarse con "la profunda transformación de los dispositivos de dominación propios a las sociedades modernas"<sup>(4)</sup> ?

Así pues, otra vez la pregunta: ¿abandonar o reinventar la Revolución ?

Ante tal alternativa, quizás lo menos malo sea dejar de entrada bien claro lo que entendemos por Revolución y revolución. Cosa de evitar malentendidos y facilitar la claridad conceptual del debate en torno a esta idea que no esta ya más respaldada por ninguna certidumbre "científica", si jamás lo estuvo!

### - Revolución y revolución

Hasta ahora, ¿qué ha sido "hacer" la Revolución sino resolver las contradicciones y restablecer el Poder, consolidando un nuevo orden y nuevas relaciones de dominación ?

Pronto hará setenta años que ese gran resplandor al Este iluminó los corazones de todos los proletarios, e hizo creer que se estaba en el alba de una nueva era. Sin embargo, todo lo que ha sido concebido y construido desde entonces por ese Centro y Capital del "internacionalismo proletario" se ha ido alejando cada vez más del propósito transformador y de la esperanza dinámica de los momentos iniciales. Los posteriores "resplandores" en otros suburbios del mundo no han hecho más que acentuar las decepciones y extender el escepticismo sobre la posibilidad

de demistificar y suprimir el "apego" irracional e ideológico al Poder, esa voluntad de servir (dejando a otros el dominar, y a veces dominándolos) que -como lo mostró La Boétie- perpetúan las cadenas que todos los ideales revolucionarios pretendían romper.

Si nos fijamos un poco en otro resplandor, el de las palabras, vemos que el concepto hegeliano del 'depassement' ("Aufheben") significa a la vez 'suprimir' y 'conservar': suprimir al tirano, conservando la tiranía (A rey muerto, rey puesto...y "vivan las caenas"). Es así como la Historia nos cuenta que el triunfo de la Revolución se traduce por la toma del Palacio de Invierno, es decir: que la revolución ha muerto, que -institucionalizada- ha abandonado el vivir y lo real para hacerse Historia, para conservar lo esencial de lo que se quería (o pretendía) destruir: el Estado.

Pero, ya que la prestamos el oído, volvamos a escuchar lo que la Historia nos dice sobre aquellos tiempos en que la palabra 'revolución' era aún {más-o-menos virgen:

desde Fourier, "utopista libertario", y Marx, "socialista científico", revolución y socialismo fueron avanzando en el tiempo como una misma aspiración, un anhelo de realizar un mundo en el que el hombre no sería ya el lobo del hombre (¡ni su perro!). Más allá de la lucha de clases como motor de la historia, más allá de la propiedad colectiva de los medios de producción y de otras tantas hipótesis de trabajo, el socialismo marxista y el libertario coincidían en el objetivo final: precisamente el fin de la explotación, del dominio (,) del Estado. Para unos y otros, al menos (y quizás como mucho) desde el punto de vista teórico de la formulación del ideal, revolución y Revolución eran la expresión de un mismo deseo de transformar juntos al hombre y al mundo, en el sentido de acabar con las injusticias todas y hacer posible -por fin- la libertad, la igualdad, la fraternidad, e incluso la sororidad... Sin embargo, el lío se armó (y se arma aún ahora) cuando cada uno propuso un camino para llegar a aquel lejano mundo donde no habría ni explotados ni explotadores, ni dominantes ni dominados.

Así pues, desde Fourier, Marx, Bakunin, Etc., el problema era cómo hacer la revolución (¿cuál Revolución?), porque se suponía que ya sabíamos qué era la revolución... Hoy, lo peor (pero tal vez sea menos grave de lo que en principio pueda parecer) es que no sólo seguimos sin saber cómo hacerla, sino que empezamos a preguntarnos ¿qué es la revolución?, y a plantearnos si los esquemas marxista y libertario no formarán parte también de lo que no es la revolución. Aunque, con la distancia que supone el paso de los años y las muchas lluvias llegadas, algo tenemos por ahora bastante claro: todo y no sabiendo lo que, en las actuales condiciones de desarrollo de nuestras sociedades y otros rollos similares, puedan o deban ser la revolución y el socialismo, en cambio como que sí adivinamos lo que no (de ninguna manera, de cualquier forma) queremos que sean: campos de concentración, obediencia, sumisión mesiánica, cautiverio, círculos de reeducación.

No cabe la menor duda que, al margen de las querellas teóricas y las luchas partidarias entre los que pretendían hacer la Revolución y llegar al Socialismo por las autopistas de peaje del Estado (para mejor extinguirlo), y aquellos que proponían romper ya mismo todos los signos y señales del poder, hasta ahora la Revolución no ha facilitado el advenimiento del socialismo, ni siquiera eliminando las formas más abyectas y adyacentes del autoritarismo político-ideológico y de sus nefastas pero eficaces consecuencias sociales.

En síntesis: los monstruos paridos por aquella Revolución bolchevique y por las otras que ella ha apadrinado (o hermanado mayormente), así como también las miserias éticas que nos han legado las élites residuales de la Revolución española -aunque a distintos niveles y grados- testimonian de un fracaso que no es sólo el de las teorías o el de los hombres, sino de algo a la vez más profundo y general: el concepto mismo de Revolución. De ahí la necesidad y la urgencia (y casi podríamos añadir: obligación moral y existencial, y ahí queda escrito) de plantear(se) la pregunta "¿abandonar o reinventar la Revolución?" Porque si el burdo optimismo de la fe automática en el progreso -que era lo que según Bloch caracterizaba hasta ahora a los partidos revolucionarios, convencidos que estaban de que las leyes de la Historia funcionaban en su favor- ha sufrido un duro revés, el pesimismo que le reemplaza induce más bien a la aceptación del orden establecido que a su subversión. Y porque tampoco se trata de contentarse del fracaso con un nostálgico lamento por la pureza paradisiaca perdida de ese mítico ideal que la revolución y su socialismo encarnaban con todos los colores.

Ahora bien, antes de intentar una respuesta que vendrá mejor después, nos parece útil y agradable proceder a un análisis somero de los principales fracasos históricos de la Revolución (de inspiraciones marxista o anarquista). En efecto, tras pasar de un mito moribundo a otro desencanto agonizante, de la ilusión lírica al ejercicio del apocalipsis, los revolucionarios entusiastas están obligados en reconocer que la Revolución de corte y concepción marxistoide se encuentra frente a un triple fracaso histórico: 1) el de la corriente reformista (socialistas y social-demócratas); 2) el de la corriente revolucionaria (comunistas, trotskistas, maoistas, etc-istas que no han llegado al Poder), y 3) el de los partidos-Estados comunistas que constituyen el llamado "bloque socialista". Y, aunque sean otros revolucionarios y otros entusiasmos, por lo que se refiere a la Revolución de concepción anarquista, también estarán obligados en reconocer que su fracaso histórico es doble: por un lado, los movimientos libertarios han perdido por todas partes el contacto con 'la realidad' y el apoyo de las 'masas', y por otro la Revolución española intentada por los anarquistas (sin dejar de ser la que más lejos fué en auténticas experiencias revolucionarias) nos aparece hoy con todas sus limitaciones, miserias y contradicciones que ayer ya la habían condenado al fracaso, antes incluso que el franquismo la enterrara. Pero veámoslo de más cerca, siguiendo el orden establecido:

## 1) el socialismo reformista

Está bastante y bien claro que el socialismo reformista no ha conseguido imponer, ni siquiera allí donde transita regularmente por el Poder, ninguna de aquellas reformas de estructuras que un día anunció (al separarse de la corriente revolucionaria) como realizables en cortos y cómodos plazos. Socialistas y socialdemócratas han contribuido a mejorar el capitalismo, facilitando la integración de la 'clase trabajadora' a la sociedad de producción y consumo capitalista, sin jamás de los jamases poner en causa ninguna de las estructuras fundamentales del capitalismo. Gracias al gradualismo político y al pragmatismo económico, han contribuido a la asimilación de la ideología capitalista por el propio pueblo asalariado: "¡trabaja y produce, consume y paga!" De Kautsky a nuestro dinámico y fotogénico Felipe Gonzalez, pasando por Mitterrand y Palmer, los partidos socialistas han dejado siempre para pasado-mañana la política que decían ser la suya. Y es así como el socialismo reformista ha sido incapaz de impedir la consolidación del capitalismo y, más grave aún, no ha podido siquiera evitar fascismos ni guerras coloniales o mundiales.

## 2) las corrientes revolucionarias marxistas

En el mismo orden de cosas, el segundo fracaso histórico de la Revolución de concepción marxista es el de todos los partidos comunistas (en sus diversas variantes prosoviéticas, eurocomunistas, trotskistas, maoistas,...) de Occidente, pues además de que no han conseguido impulsar la Revolución (objetivo éste que se fijó allá en la III<sup>a</sup> y IV<sup>a</sup> Internacionales), su paso por el Poder ha sido siempre en tanto que fuerza de complemento y sostén de una política reformista -cuando no descaradamente de "Unión Nacional"! Además, no obstante que no pueda imputárseles la misma responsabilidad que incumbe al socialismo reformista en lo concerniente a la consolidación del capitalismo, no cabe la mínima duda que la suya es grande en lo que respecta a la división de la 'clase trabajadora', su integración al Orden impuesto por la burguesía y a la mistificación en que se ha mantenido a aquella frente a lo que acontecía con el "socialismo real" allí donde los PCs habían impuesto las redes de la dictadura del proletariado. Así, la historia del Comunismo en Occidente es la de una larga serie de capitulaciones frente a los intereses y consignas de un Partido, de una burocracia y de un "Jefe-Faro de todos los pueblos oprimidos. De Lenin a nuestro conciliador Carrillo al cómico Marchais o al ex-elegante Berlinguer (pasando por el padrecito Stalin, que Neruda y J.Semprún describieron en poemas ejemplares como "Capitán de los pueblos" y "Arquitecto del Comunismo") los Partidos Comunistas han postergado para un "la-semana-que-viene" la llegada no ya de la "Gran Tarde", sino simplemente la ruptura con el capitalismo.

### 3) los Partidos/Estados comunistas

De un orden diferente, pero de consecuencias más funestas, el tercer fracaso histórico de la Revolución de concepción marxista es el de los Partidos Comunistas que, en distintas partes del globo, "construyen" el socialismo a golpes de dictaduras sobre el proletariado. ¿Quién negará hoy que lo que están construyendo estos Partidos/Estados son sistemas político-policíacos, gobiernos totalitarios donde domina la burocracia? Las transformaciones importantes que han logrado han sido siempre al precio de unos sacrificios terribles (en el orden humano y ético) sin resolver siquiera los problemas ("capitalistas") de nacionalidad, gestión social y producción (que siguen tan vivos como lo siguen siendo en las sociedades liberales): así los continuos conflictos por la hegemonía o contra la dependencia entre las propias naciones del bloque(o) socialista (llegando incluso a las guerras de corte clásicamente imperialista en el caso de Camboya-Vietnam-China); Así el hecho igualmente significativo y grave de que en ninguno de esos países el Comunismo haya podido tolerar una mínima democracia de base (las llamadas "libertades formales burguesas"), y así finalmente el no haber abolido el salariado, con toda su injusta escala de privilegios que se consideraba exclusivamente ligada a la ideología capitalista.

4)

El último fracaso histórico que nos queda por analizar brevemente es el de la Revolución de concepción anarquista y, en cierta manera, del anarquismo como ideología. Este fracaso, que hemos señalado es doble (la desaparición del anarquismo en tanto que movimiento, y el proceso de institucionalización revolucionaria en la Revolución/guerra civil españolas) lo es más bien por omisión que por presencia en la historia de la Revolución y la construcción del socialismo. El fracaso histórico del anarquismo no se inscribe en el terreno de las realizaciones políticas (aunque a veces...), pero parece evidente que, en tanto que ideología revolucionaria, no ha conseguido despertar la conciencia de los oprimidos frente al peligro y amenaza -siempre actuales- de una opresión que reaparece y se perpetúa en cada nuevo Poder revolucionario. Más grave aún: ni siquiera en la conciencia de los 'militantes' anarquistas (no todos, por fortuna) los análisis antiautoritarios habían (han, desgraciadamente) conseguido despertar y clarificar el interés el 'deber' por la cuestión esencial de la consecuencia/concordancia entre la teoría y la práctica, entre los medios y los fines. Que el sufijo en -ismo no tiene nada de inocente, inclusive en el anarqu-. Que una doctrina es el comienzo y el fin de un Sistema, de una Iglesia, de un Estado. Que una ideología, por muy libertaria que se pretenda, implica una ortodoxia y que ésta exige la fidelidad, la docilidad, la sumisión. Que separar el órgano de su función bajo la forma de un aparato, que no tiene otra función más que reproducirse en él mismo, es transformar el medio en su propio fin, convertir el partido o la Organización

en el objetivo supremo, en vez de serlo la revolución... Que cuando los partidos y las organizaciones se toman por sujetos de la historia, acaban inevitablemente tomándose por su propio fin. Y que esta sustitución del medio por el fin es la que engendra la autoconservación al infinito, el inmovilismo, la ilusión de la suficiencia y la suficiencia de la ilusión ; en otras palabras: el sectarismo, el totalitarismo aunque sea minoritario y marginal. Y es así que, hoy, también el anarquismo ha quedado inscrito en el Panteón de las doctrinas y los movimientos revolucionarios con los mismos calificativos despectivos o condescendientes que han merecido las otras y los otros: por su arcaísmo, sus insuficiencias ideológicas, sus contradicciones prácticas y sus deformaciones autoritarias, por la falta de un mínimo sentido de ínfima autocrítica...

Conclusiones se pueden sacar muchas, pero lo que queda como muy claro es que el triunfo de 'la' Revolución -aunque este triunfo sólo lo sea al nivel de la reflexión y la vida militantes- supone e implica la derrota de aquello que podríamos aún llamar 'revolución'. Acerquémonos ahora a ver

- los mecanismos del triunfo y de la derrota

La explicación de estos fracasos sería fácil si nos limitáramos únicamente al punto de vista tradicional del militante o del intelectual comprometido. Para éstos -alternativa o simultáneamente-, las explicaciones pueden ser: la traición de ciertos dirigentes, el abandono de los principios, la falta de rigor y de decisión en la aplicación de la teoría, y, ¿cómo no?, las condiciones objetivas, la situación histórica... Y es que no se escapa uno tan fácilmente del esquematismo de la racionalidad revolucionaria que encuentra sus fuentes en las certidumbres y en las justificaciones de una ideología. Y más aún si, por profesionalismo militante, se está demasiado acostumbrado a encerrar las realidades en el marco de las ideas formales, como para pensar que pueda ser un error el interpretar la vida (o mejor escrito: las aspiraciones de hombres y mujeres en una sociedad dada) según una especie de código universal.

Haciéndolo un poco más difícil, nos parece que todo esto es el resultado de haber remplazado -siguiendo así las pretensiones de algunos filósofos de la Historia y parecidos constructores de pirámides- esta realidad fluctuante, escurridiza, imprevisible e incluso improbable del devenir histórico, por un sistema, una ideología, otra biblia. Y eso a pesar de que la experiencia nos ha enseñado, repetidas veces, que la Ideología y la Historia no se construyen más que en base a una operación reductora y mistificante de las ideas y de las historias. En otras palabras: que seguimos prisioneros de una especie de humanismo metafísico, surgido de la tradición judeo-cristiana y del cartesianismo, que hace del hombre un demiurgo: Señor y Amo absoluto de la creación. De ahí que los ideólogos revolucionarios se atribuyeran también el poder de transformar la sociedad humana, como si la arrogante pretensión del Hombre, de modelar la sociedad en base a principios

racionales, no se diera todos los días de narices con esa realidad que ni los unos ni los otros han controlado jamás. Pese a ello, sobre todo desde Descartes, pero sin descartar a otras autoridades más antiguas o arcaicas, han sido muchos los filósofos y los revolucionarios que no quisieron ver en la sociedad el resultado de una lenta sedimentación histórica, larga y lejanamente independiente de la voluntad de los hombres. Al contrario, sin tomar en consideración los antecedentes históricos, se empeñaron en "hacer del pasado tabla rasa" e intentaron construir una sociedad voluntaria a partir de cero... No obstante que está bien claro<sup>(5)</sup> que la sociedad -como la naturaleza, si es que ambas existen- es un antecedente y no un consecuente de la volición humana; que ella no es el resultado de una decisión humana sino el cuadro anterior a toda decisión; que ella precede al hombre, lo depasa de toda parte y lo pasea por cualquier barrio...

En efecto, después que el hombre trazara una frontera entre él mismo y las demás especies vivientes, de la misma manera <sup>ha</sup> estableció barreras arbitrarias en el seno de la propia especie humana, separando ciertas categorías de otras: el hombre es Dios, pero ciertos hombres son, además y aparte, Amos, Dueños y Señores. Es por ello que las tragedias sufridas y las estrategias seguidas (se llamen explotación, fascismo, alienación, o-, re-, -presiones) están íntimamente ligadas a los fracasos históricos de la Revolución; de esa Revolución que, atribuyendo una finalidad a la Historia (la ingenua ilusión contenida en la idea de la construcción voluntaria de un orden social justo y necesario), acaba construyendo también esa Historia del "hombre-lobo del hombre". De suerte que tales tragedias y parecidas estrategias son la prolongación natural (también llamada "rabo") de ese pretendido humanismo metafísico, en vez de ser su contradicción. Pues está claro que el respeto del hombre para el hombre no puede encontrar su fundamento, su justificación y su legitimación en ciertas dignidades particulares que la humanidad se atribuiría a sí misma -y a ella sola-, puesto que entonces sería -y será- inevitable que una fracción de la humanidad se atribuya personalmente esas dignidades: como decía Orwell de los animales políticos, todos somos iguales, pero algunos son más iguales que otros...

Así nos atrevemos a decir que los mecanismos del triunfo/derrota, que son propios a los fracasos históricos de la Revolución, se inscriben (todos) en esta lógica del poder que hace que el hombre no tenga otro horizonte más que el Poder mismo. Pues, tanto si se analizan los fracasos del socialismo reformista como los del socialismo revolucionario (incluyendo en uno u otro la variante que se proclama y pretende -además- libertaria), se descubre que los mecanismos del triunfo/derrota son, ante todo, mecanismos reductores de la diversidad humana, mecanismos globalizantes y totalitarios.

Por un singular equívoco, al confundir las nociones de identidad y de igualdad (que son -sin embargo o con él- bien distintas, entendiendo por la una cualidades físicas o mentales, por la otra derechos sociales o jurídicos), el socialismo y

La Revolución han contribuido al progreso histórico del capitalismo y a la interiorización del Estado por cada Hombre: ¡ si "todos somos iguales", todos podemos y ejercemos poder sobre los otros !

Efectivamente, al no tomar en consideración que la diversidad es un hecho genético, y por ende cultural; y que es su existencia y su respeto lo que hacen posible la libertad, la reivindicación y la práctica de la igualdad totalitaria (por oposición a una "igualdad libertaria") han conducido a extender la monotonía y la uniformidad que el ideal del capitalismo y del Estado vehiculan en la Historia de los Pueblos: la transformación de todos (y cada uno de nosotros) en productores/consumidores y jefes/subordinados. En un espacio-tiempo de fuerzas y de relación de fuerzas, el hombre ha tomado 'conciencia' de su singularidad a través de la creciente complejidad de la vida social, de suerte que su libido no es más que el reflejo de esa inmensa libido social domesticada por la potencia institucionalizadora de ese Dios 'politicus': el Estado, que ha hecho de la gente Hombres-"ciudadanos" de un universo abstracto (legal-normalizado) sin relación alguna con el universo físico. De ahí que incluso los revolucionarios antiautoritarios hayan confundido 'revolución' con 'proyecto revolucionario', y "bienestar para todos" con la simple distribución igualitaria (por decreto nº tal) de derechos y deberes para todos. Pero lo que no acaba, ni evita, la existencia de qualificadores y qualificados, ni siquiera en el caso -muy improbable- de que <sup>se</sup> diese "a cada uno según su necesidad" y se le exigiese "según su capacidad"<sup>(6)</sup>.

No queremos decir que haya que condenar la reivindicación de la igualdad, al interior del discurso y de la acción revolucionarios, como aspiración y derecho legítimo de todos a existir..., sino de reconsiderar la importancia de la identidad, para incorporar a la reivindicación igualitaria el sentido y el valor de la diversidad. Pues sólo así el ideal militante de justicia y fraternidad no sacrificará la libertad, y no será más la continuidad del ideal del Estado. La igualdad sin la libertad (es decir: sin autonomía para expresar y vivir plenamente su diferencia) no es más que ese socialismo de Estado que el marxismo autoritario ha teorizado y que todas las organizaciones y partidos -dichos "revolucionarios", benditos ellos) han propagado y aplicado -consciente o inconscientemente- al condenar y perseguir toda forma de disidencia ideológica o práctica. Inclusive esos que, en nombre de la Ideología de la Libertad, no comprenden y no admiten que el Dogma sea puesto en causa o salga de sus cauces, que la libertad sea un bien común y que nadie pueda cuestionarlos o ponerlos en evidencia por sus fallos y contradicciones.

Por todas estas razones, y por otras que se nos escapan, al igual que el capitalismo, el socialismo (en todas sus variantes) no ha dejado de identificarse con esa racionalidad suprema que pretende ser, y que en cierta forma es, el Estado dei-reificado: ya sea como Arbitro absoluto del orden social o como la Providencia económica del consenso popular. Y es por ello que también afirmamos que el proceso

de reificación del Estado se aceleró desde que el socialismo se dió por vocación la conquista del Poder; pues, de la misma manera que la burguesía, al transformar las relaciones de fuerza (que le son favorables) en relaciones "de derecho", contribuyó a la extensión del dominio del Estado, el socialismo, al encuadrar y legalizar a la clase obrera dentro de organizaciones y partidos bien estructurados, necesariamente jerarquizados, no les fija otra meta que el reforzamiento del intervencionismo económico y social del Estado. De ahí que, contrariamente al capitalismo que sólo recurre a la dictadura en situaciones extremas, la idea misma del Estado totalitario sea consecuencia directa de la "necesidad histórica del Partido de la clase", y que esta necesidad le haya sido impuesta al socialismo por una ideología que "piensa" al hombre en términos de poder y dominio frente a la naturaleza como frente a otros hombres.

Está pues claro que si en lugar de considerar el lugar imaginario y abstracto, soporte y sujetador de todos esos Aparatos-de-Estado, consideramos sus contínuos (y nunca cuestionados) llamados a las masas, comprenderemos lo que este llamado significa e impone: obediencia, monotonía, disciplina y uniformidad -dado que las masas no se llaman y que para hacerlo hay que domesticarlas previamente. Es el perro que responde a la voz de su amo... ¡en vez de morderla ! Por eso hoy día se va viendo que el concepto de la "clase obrera" fue inventado por la propia burguesía, y que es recuperado por aquellos que dicen representarla; y que si el movimiento obrero se forjó al contacto del presidio industrial y que si en la fábrica recomenzada cada día se vive la condición obrera, entonces el discurso sobre (por encima de) la "clase obrera" se ha hecho siempre desde otros lugares, otros puntos de vista y, por supuesto, otras perspectivas.

Así, después de continuas luchas contra el Estado ("soporte de la explotación burguesa", como se decía en los tiempos (ter)remotos de la Iª Internacional), las clases trabajadoras descubren su contribución directa e indirecta a la extensión y consolidación del Estado en todos los ámbitos de la vida cotidiana; pero, por lo menos, este proceso de reificación del Estado ha permitido demostrar que, mientras que Él exista, no habrá más que dos categorías sociales: la de gobernante y la de dominados.

Vamos, resumiendo (y simplificando), que gracias a la ideología socialista y a la "responsable" contribución práctica del movimiento obrero, el Estado va camino de convertirse en el Todo ! Pero.....

- ¡Virgen santísima!, ¿será esto inapelable ?

Para concluir, quisieramos escapar de las ideas vagas o de las generalizaciones abusivas a las cuáles sólo da una especie de realidad de existencia su conclusión; pues, por muchas razones, creemos que el mundo, en su densidad y complejidad, no puede ser pensado racionalmente, de una manera global o totalizante. Pero, ¿cómo escapar de ellas al discurrir sobre la sociedad y el devenir

del hombre ?

Corriendo pues el riesgo, diremos que la evolución de nuestras sociedades modernas tiende a pulverizar las autonomías intermediarias, a reducir los individuos en simples átomos intercambiables, a desposeerlos en provecho de un Poder anónimo. Pero, no sólo porque -como dice Agustín García Calvo : "a lo mejor -qué diablos, tampoco hay que ser sistemáticamente pesimista- ni la máquina del Dominio es tan perfecta como Él se cree ni la Ciencia tan segura servidora"-, sino también porque a pesar del hecho sorprendente -(ahora descubierto por algunos más que antes)- de que la marcha del mundo ignora soberbiamente los fines que le asignaban las ideologías revolucionarias o no, el instinto i-rracional de supervivencia del hombre y de los pueblos ha terminado por romper ese destino suicidario que la esquizofrenia política quería imponerles al conducirlos tantas veces al borde del acantilado.

La historia no tiene una dirección única, un sentido ya trazado: en tanto que proceso está abierto a muchos proyectos, y en tanto que leyenda tiene varias lecturas o significaciones. Si a veces presentimos que la historia es i-rracional, es ante todo porque sospechamos que no se la puede reducir a una ideología del Dominio, a una Razón de cualquier Estado. La referencia a la Historia se presenta pues como un recurso del método, una ciega aceptación de Éso que dicen ser la Realidad.

Nos parece que el rechazo de las certidumbres complacientes va parejo con la inquieta obstinación de aquel que, constantemente expuesto, está siempre despierto para intentar cernir, detrás de los hechos y las palabras, el tiempo y la realidad de la historia que quizás no acabarán nunca de desvelarse.

Qué duda cabe que los fracasos históricos de la Revolución han sido presentados como el fracaso de la Utopía; pero bien pronto la conciencia crítica descubre que no es la Utopía quien ha fracasado, sino más bien los medios "Realistas" que se impusieron para lograrla. El simple hecho de presentar la Revolución -e.e.: la toma del Poder- como el medio necesario para (luego, muy luego...) abolir el Estado es ya un engaño; pretender llegar a la libertad a través de la autoridad, o bien es una trampa o bien es obedecer a la ideología del Dominio sin siquiera darse cuenta de ello. Pero esto también es válido para los que proclamándose antiautoritarios hacen de su antiautoritarismo una ideología, un dogma intransgredible.

Todo lo que, en una masa, agrega y consolida la multiplicidad de los fragmentos, disuelve las resistencias propias a la singularidad, a la afirmación de la diversidad del individuo, haciéndolo desaparecer tras la delirante unicidad de la potencia (del Poder). Por eso, tratando de dar a cada palabra el peso que el uso borra y que el cálculo del Poder desvía, respondiendo a la pregunta que hemos formulado desde el principio, decimos: reinventar la Revolución, ¿no es ya abandonarLa? Y abandonarla, ¿no es destruir el concepto mismo de Revolución para

reinventar el de (por así llamarlo) rebelión ?

En efecto, en cualquiera de los casos, de lo que se trata es de liberarse de esa pasión/obsesión por el Poder que nos tiene amarrados a la idea de la necesidad histórica de un proyecto revolucionario, de esquivar ese maniqueísmo que propone como únicas alternativas la de la Reacción o la de la Revolución (precisando que la cosa no está en servir a Dios o al Diablo, al rey negro o al rey blanco, sino de rechazarlos juntos, pues juntos forman las dos caras de una misma moneda); y también de evitar el plantear -como suelen hacerlo los hombres de Historia- la oposición entre rebelión y Revolución en términos de triunfo/derrota (dicen que porque es pequeña y subjetiva, la rebelión fracasa; porque es grande y objetiva, la Revolución triunfa...). Puesto que quizás el triunfo verdadero consista -como sucede en el quehacer científico y en otros campos- en la toma de conciencia del por qué de las derrotas.

Rebelión sería pues...

Un paso más, y caemos en la trampa de dar una respuesta, otra más..., al mentar la rebelión (y así mentirla, pues definiéndola la convertiríamos igualmente en idea, concepto, sistema, institución, método, ideología); pero al hablar de "rebelión" sólo queremos enfrentarnos con ese Destino que no aceptamos como inapelable, para que cada vez que reflexionemos sobre la problemática fundamental del proceso de socialización y a propósito de la manera de "hacer" la revolución, no abdicamos el derecho de poner una mirada nueva sobre cada cuestión y que a cada aurora pondremos de nuevo en causa lo que habremos concluido la víspera. En otras y penúltimas palabras: que las revoluciones emancipadoras (del futuro) deberán desarrollarse en una autocrítica permanente, sin creencias en los milagros, sin dogmas ni salvadores, con los pies en la tierra firme pero sin renunciar a nuestros sueños/anhelos calificados de "utópicos"...

- Bueno, ¿pero en qué quedamos? Con una pregunta así de simplista, ¿cuál de los dos infinitivos? Y que sea una respuesta radical: ¿lo uno o lo otro?, y nada de compromisos del tipo: lo uno y lo otro, según las situaciones, en función de los protagonistas... Al pan pan, y al vino tinto: las cosas en claro, por mucho que de la sombra nazca el contraste...

Si no se puede hacer un "tratado del rebelde" (sin traicionarlo, sin traducirlo en "Rebelde"), al menos podríamos ir viendo cómo figurar al Poder, a los poderes. Sin pendejadas, supongamos que en cada caso el poder depende del lugar, del lfo, de las líneas, del lazo. Y propongamos un esquema:

A partir de la expresión de Hegel, "la dialéctica del amo y del esclavo", analizemos por separado:

- la dialéctica: el poder es una relación de fuerzas;
- del amo y del esclavo: el Poder pertenece al Señor y Amo.

Respectivamente, llamemos a estas dos visiones:

- la microfísica, siguiendo a Foucault: el poder es relativo(\*)
- la metafísica, según García Calvo: el Poder es absoluto(\*\*)

y veamos en qué sentido -con qué decorados, sobre cuál escenario- podríamos figurar el poder, ligando el punto de vista del uno a la perspectiva del otro, bajo la expresión siguiente:

el poder es absolutamente relativo y/o relativamente absoluto

Ya lo dijimos, el lugar-el lfo-las líneas-el lazo:

absolutamente relativo: ¿hasta qué punto la rebelión es un subproducto derivado del poder  
relativamente absoluto: ¿hasta qué grado la rebelión deja de lado al Poder, derri-  
bándolo ?

o, para terminar de una manera personal:

el poder es tú y/o él : individuo idealizado - alguien alzándose  
yo mismo -(el que lo escribe , cualquiera al leerlo)-  
igual de ambiguo, contradictorio, escurridizo, fijado:

Su poder : y/o : el tuyo

(\*) Foucault, para quien los poderes son singulares:

"Es necesario, sin duda, ser nominalista: el poder no es una institución, no es una estructura, no es una cierta potencia de la que algunos estarían dotados: es el nombre que se presta a una situación estratégica en una sociedad dada." (La voluntad de saber, p.122) ;

(\*\*) García Calvo, para quien el Poder es plural:

"Es el enemigo el que lo define a uno: Él es definición; porque Él es el Poder; y el Poder necesita ideologías para justificarse. Tal vez esa sea su debilidad, si tiene alguna. Que no lo sé; pero por si acaso. (...) Pero Ellos les han dicho que, si no hay Tirano, viene el caos. No me han convencido de eso; tampoco estoy cierto de lo contrario; corro el riesgo: si no es Todopoderoso, a lo mejor cabe hacer algo; si lo es, lo que haga contra Él será a favor Suyo. El no saber me mueve." (Actualidades, "Definición", p.23)

NOTAS :

- (1) Artículo publicado en el N° 22 de la revista BICICLETA.
- (2) Ibid.
- (3) Ibid.
- (4) Extraído del texto "Questions sur le pouvoir et la révolution", que Claude Orsoni presentó en el "Colloque autour du pouvoir", organizado por la revista IRL en la ciudad de Lyon el 12-13 de mayo de 1984.
- (5) Nos hemos permitido esta afirmación, sobre la cuestión central de la problemática fundamental del proceso de socialización humana, porque en este terreno las "convicciones" son más bien el resultado de la intuición inverificable que del razonamiento sociológico. Y porque, además, nos parece que está bien claro que en general -tanto en la vida social como en la vida individual- el pensamiento precede la acción; pero que el pensamiento es el resultado del vivir del hombre en sociedad.
- (6) En efecto, aun suponiendo que la tan traída formulación de la fundamental reivindicación comunista se realizara un día en su versión y sentido más libertario, no vemos como se podría escapar a la existencia de calificadores y calificados si su realización fuese el resultado de la aplicación de un 'proyecto revolucionario' y no del espontáneo consenso de todos en la valoración y respeto de la diferencia y la libertad de cada uno. Acaso puede haber concepción y aplicación de un cualquier proyecto sin la existencia de proyectistas... y contra maestros...